



Vallisoletanos

18



FELIPE II

Entre los varios reyes nacidos en Valladolid, es sin duda Felipe II el monarca cuya figura y trayectoria histórica ha tenido mayor relieve y trascendencia, tanto a nivel nacional como internacional.

Desde que nace, en 1527, en el vallisoletano Palacio de los Pimentel, hasta que traslada su residencia a Madrid, nuestra ciudad es la sede y corte del monarca más poderoso de la tierra, en cuyos dominios no se ponía el sol y de cuyo vasto imperio era Valladolid el centro o corazón del mundo hispánico. La figura de Felipe II ha sido objeto de interpretaciones las más diversas y contradictorias. Pero lo que nadie ha puesto en duda es el capital y decisivo papel histórico desempeñado por el «Rey Prudente», nacido en Valladolid.



**EUFEMIO
LORENZO SANZ**

Eufemio Lorenzo Sanz es Inspector de Bachillerato de Historia, Coordinador General del Equipo de Autores «Páramo», Director de la Historia de Medina del Campo que actualmente se edita y miembro fundador del diario «Noticias de Palencia» y de «Ambito Ediciones», entidad dedicada a la publicación de temas castellanos.

De su larga carrera docente es preciso considerar su experiencia como Maestro Nacional, Profesor de Universidad, Catedrático y Director de los Institutos de Guardo y «Jorge Manrique» de Palencia e Inspector de Bachillerato.

Es autor de numerosos libros y publicaciones que abarcan tres campos de investigación diferentes: Castilla y León, Historia de América y de carácter didáctico-pedagógico. Obtuvo Premio Extraordinario de Doctorado con la obra en dos volúmenes «Comercio de España con América en la época de Felipe II». Otras investigaciones de carácter científico: «El mestizaje en Hispanoamérica», «La naturalización de extranjeros para el comercio de Indias en la época de los Austrias», «El comercio americano en el siglo XVI», etcétera.

Entre sus publicaciones castellano-leonesas destacan: «Palencia en la Historia de América», «Valladolid en la época de los Austrias», «Conquistadores castellano-leoneses de Indias en el siglo XVI», «La Guerra de las Comunidades y los pueblos de Tierra de Campos», «Mercaderes de Indias en el siglo XVI cuyos apellidos corresponden a topónimos palentinos», «Un rico mercader indiano del siglo XVI: Francisco Hernández de Guardo», etc.

Ha tomado parte también en numerosos simposios y congresos de carácter científico y en jornadas metodológicas, faceta en la que ha editado varios libros y guías didácticas, especialmente para alumnos de Educación General Básica.

Edita: Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular
Fuente Dorada, 21 - Valladolid, 1983

Dirige la Colección: RAMON GARCIA DOMINGUEZ

Fotografías: Gabriel Villalobos y reproducciones de cuadros y grabados de Tiziano, Coello, Pantoja de la Cruz, Antonio Moro y Juan de la Cruz Pantoja.

Imprime: Gráficas Andrés Martín, S. A.
Paraíso, 8 - Valladolid

Depósito Legal: VA. 390.—1983

Portada: Mosaico de Telavera del zaguán de la casa natal de Felipe II:
«El rey expide la cédula real mandando se reconstruya la parte de Valladolid incendiada.»

FELIPE II

Por Eufemio Lorenzo

El turista que llega a Valladolid, puede dirigirse a través de la «Calle Felipe II» hasta la Plaza de San Pablo, donde podrá admirar la «Casa de Felipe II», donde éste nació, la Iglesia de San Pablo, donde fue bautizado y una escultura en cuyo pie puede leerse: «Valladolid a Felipe II». Nuestro visitante irá comprobando que Valladolid, a quien Felipe II concedió el título de ciudad, se muestra agradecida con su rey, a pesar de que éste trasladase la Corte a Madrid, y rinde agradecimiento público a su hijo predilecto, dedicándole también su nombre a un colegio, a un aula universitaria y a un parque, paraje conocido en el siglo XVI como Espolón y popularmente hoy como «Rosaleda».

También habrá visto nuestro turista, cómo los vallisoletanos pretenden estudiar temas relacionados con el Rey Prudente, en la «Cátedra de Felipe II». Y es que los estudios y juicios sobre este monarca ni han concluido, ni han confluído, pues la gama de opiniones que sobre dicho soberano se siguen vertiendo abarca un amplio espectro. Y ello es debido a que, como indica un autor inglés, la vida de Felipe II fue «agotadora de vivir, difícil de escribir y confusa para estudiar».

Ninguna figura real ha sido más discutida que Felipe II. Sus defensores han visto en él la encarnación del gobernante perfecto y del cruzado católico, fiel a sus deberes religiosos y entregado por entero a sus súbditos. Para sus críticos, Felipe II ha sido un fanático reaccionario,

dominador de pueblos. Ninguno de estos dos juicios es absolutamente exacto. Sin embargo, ha sido el segundo el que más difusión y aceptación ha tenido.

Para comprender la gran figura de Felipe II y las opiniones dispares que la misma ha despertado, es preciso conocer el papel de árbitro mundial que nuestro monarca desempeñó en gran parte del siglo XVI, y los tiempos difíciles que le tocó vivir. Gobernó sobre la cuarta parte de la población de Europa Occidental y sus dominios, donde no se ponía el Sol, se extendían desde Perú y Filipinas, hasta Sicilia y España. Pero Felipe II encarnaba un país, España, que ostentó la supremacía europea durante toda la vida de dicho monarca (1527-1598). Además, el soberano español asumió la defensa de la Iglesia Católica y se constituyó en enemigo declarado del protestantismo europeo, de ahí que éste viera a dicho soberano como el «demonio del Mediodía». Este liderazgo político que Felipe II representaba y la defensa de la fe católica que el soberano asumió, convirtieron su largo reinado (1556-1598) en una guerra permanente: luchó contra Francia (San Quintín), contra Inglaterra (desastre de la Invencible), contra los turcos (Lepanto), contra los Países Bajos, contra el Papa y contra Portugal (donde reinó desde 1580).

Resulta muy difícil comprender la gran figura de Felipe II, debido al protagonismo que representó. Aunque los españoles de la época no le mostraron mucha simpatía, hoy día no pocos le consideran el más grande de sus reyes. Los mismos contemporáneos de Felipe II debieron tener problemas para enjuiciar a este monarca aislado y solitario, que hablaba en voz baja y su sonrisa afilada cortaba como una espada, según su antiguo secretario y más tarde detractor Antonio Pérez.



Palacio donde nació Felipe II y pasadizo construido para el traslado de la comitiva bautismal hasta la iglesia de San Pablo. (Según mosaico de Talavera del zaguán del palacio.)

NACIMIENTO DE FELIPE II EN VALLADOLID

EL 21 de mayo de 1527 nació en Valladolid el príncipe D. Felipe de Austria, hijo de Carlos I y de su esposa la bellísima Isabel de Portugal. El emperador, después de recibir a su primogénito en brazos, pasó a San Pablo con su Corte a cantar un Tedéum de acción de gracias.

El nacimiento de este Príncipe fue solemnizado con extraordinarias fiestas en las principales ciudades del reino, y de modo especial en su Villa de Valladolid.

La casa donde nació Felipe II en Valladolid no era palacio real, pues la Corte española no tenía capital fija en estos años. Careciendo de palacio propio, la familia real de Carlos V habitó en varias ocasiones el palacio de D. Bernardino Pimentel, más tarde de los Condes de Rivadavia. En esta gran mansión, conocida hoy como «Casa de Felipe II», situada junto al Convento de San Pablo y entre las antiguas calles de la Carrera de San Pablo y del Obispo de Palencia, nació el heredero de Carlos V.

Según una antigua tradición popular vallisoletana, cuya certeza total no se puede constatar, el príncipe Felipe fue sacado a bautizar a San Pablo por una de las ventanas de la fachada del palacio que da a dicha iglesia, con el fin de evitar competencias y cuestiones enojosas, pues

la puerta principal del palacio daba a la Corredera de San Pablo, calle que pertenecía a la jurisdicción de otra parroquia. Con este fin fue cortada verticalmente la reja de dicha ventana (todavía hoy puede admirarse sujeta por una fuerte cadena cerrada con un candado) y quizás rasgada ésta casi hasta el suelo.

«Desde las habitaciones bajas del Palacio Real hasta el altar mayor de la iglesia conventual de San Pablo, levantóse un anchuroso pasadizo, primorosamente adornado con ramaje, flores y frutas naturales, arcos de triunfo y diferentes altares», por donde desfiló la comitiva bautismal.

«Al salir del Palacio tan lujosa comitiva, lo hizo en medio de las armonías y de las marchas ejecutadas por una numerosa orquesta, y de las aclamaciones y de los vítores lanzados por la inmensa y compacta muchedumbre que invadía la plazuela de San Pablo y todas sus avenidas».

«Llevó al Príncipe en brazos el Condestable de Castilla acompañado del Duque de Alba: iban detrás el Conde de Salinas, que llevaba las fuentes, el Conde de Haro, con el salero, el Marqués de Villafranca, con la vela, y el Marqués de Vélez, con el alba». Detrás iban la reina de Francia, doña Leonor, del brazo del Duque de

Béjar; «y después todas las damas y caballeros del reino luciendo sus más ricas preseas y joyas de más valor».

Casimiro González Martín, nos sigue relatando con todo lujo de detalles el bautismo del que más tarde sería el rey más discutido de la historia. «La Iglesia de San Pablo hallábase adornada con el mayor lujo y grandiosidad, ostentando preciosas colgaduras y multitud de luces, candelabros, arañas, flores y suntuosos estrados».

«El Reverendísimo Señor Arzobispo de Toledo, acompañado de los Reverendos Obispos de Palencia y de Osma... procedió a administrar el sacramento del Bautismo al nuevo Príncipe, imponiéndole en tal acto el nombre de Felipe», que por cierto lloró muy fuertemente mientras le echaban el agua. Era el día 5 de junio de 1527.

Las fiestas que con tal ocasión tuvieron lugar en Valladolid y toda Castilla fueron un derroche de entusiasmo popular: torneos, banquetes, corridas de toros en la Plaza Mayor, fuegos de artificio, juegos de cucañas, bailes populares, etc.

Nuevas fiestas tuvieron lugar en Valladolid el día 12 de junio, día en que la emperatriz abandonó el lecho después del parto. Hubo una justa real en la Rinconada (otros afirman que en la Plaza Mayor) y una corrida de 12 toros. El Ayuntamiento instaló en la plaza una fuente de vino que manaba alternativamente vino tinto y vino blanco, para alegría general del pueblo.

El día 30 de junio salió la emperatriz a misa a San Pablo con gran solemnidad. Iba ataviada con magnífico traje de terciopelo blanco a la portuguesa y llevaba las riendas de su hermoso corcel blanco el Conde de Benavente.



Bautismo del Príncipe Felipe en la iglesia de San Pablo. (Mosaico del zaguán del palacio natal del monarca.)

EL PRINCIPE: INFANCIA, EDUCACION Y PREPARACION POLITICA

DE los primeros años de Felipe II existen escasísimos datos. Sabemos que en esta época la Corte andaba trashumante por Madrid, Ocaña, Aranjuez, Toledo, Medina del Campo, Valladolid, Avila, Segovia, etc. En la primera infancia vemos siempre al Príncipe al lado de su madre, pues la emperatriz no se separaba de él. La dulzura y la sensibilidad de su madre debieron dejar profunda huella en el carácter de Felipe II. Su tendencia a la melancolía y su gran sensibilidad, acaso se deban a esta ascendencia, aspectos que quizás no han sido suficientemente valorados.

PRIMERA INFANCIA Y MUERTE DE SU MADRE

Se conocen algunas referencias de la vida del Príncipe en Ocaña, cuando solamente contaba tres años: «El Príncipe... anda muy sano y bueno, siempre pidiendo si le ha enviado V. Maj. (Emperador) caballos, o mulas... El Príncipe está muy contento con su sayo y un capote de monte que tiene». A pesar de estas expresiones, cuando en 1533 volvió el emperador a España, después de una ausencia

de cuatro años, para el Príncipe debía ser una persona desconocida.

Pasados los siete primeros años de su vida bajo la esmerada educación y los cuidados de la emperatriz, se creyó conveniente señalarle los maestros y educadores que le debían preparar para gobernar los inmensos dominios que un día caerían sobre sus hombros.

El uno de julio de 1534, el emperador firmó el nombramiento del preceptor elegido por la emperatriz Isabel para su hijo el príncipe Felipe: «que nuestra merced e voluntad es de tomar y rescibir por maestro del ilustrísimo príncipe D. Felipe... para que le enseñe a leer y escribir al maestro Juan Martínez de Silíceo.»

En 1539, cuando Felipe sólo tenía 12 años, murió su madre Isabel, que contaba con 36 años. Dos años después, a los 14, el Príncipe hizo la primera comunión, dado que en aquella época era costumbre comulgar a esa edad, más o menos. Este acontecimiento sirvió a D. Felipe para dejar el luto por la muerte de su madre y comenzar a usar ropas de colores, con el consentimiento de su padre. También se le tomó medida para que le enviasen una armadura de Alemania, pues ya empezaba, como otros jóvenes, a sentir deseos de servir al emperador en la guerra.



Ventana por donde, según la tradición popular, fue sacado el Príncipe Felipe para ser bautizado.

Desde que murió su madre (12 años) hasta su primer matrimonio a los 16, se conocen bastante bien los pormenores de la vida del Príncipe. Existe una constante monotonía entre las alternativas de salud y las recaídas en calenturas malignas, aunque ligeras. A los 15 años Felipe II era un joven más bien pálido, de pelo largo rubio, en parte ensortijado, de labios gruesos y ojos azules.

Su vida transcurría entre el estudio, la instrucción para las tareas de gobierno y las excursiones campestres, bien de caza mayor, de conejos o de cetrería con halcones. Salía de caza por El Pardo y la sierra dos veces por semana, trasladándose en litera hasta dichos lugares, para montar después a caballo. Su puntería, al menos en los comienzos, no era buena. Es seguro en cambio, que en dichos años fue entusiasta de la caza (hasta tal punto que su padre tuvo que limitársela), de los ejercicios y de los deportes.

Según sus preceptores, «tenía una voluntad esforzada y una inteligencia despierta», aunque al proceder estas afirmaciones de sus maestros, deben ser acogidas con cautela.

Cuando en 1540 visitó la Universidad de Alcalá de Henares, según su maestro Silíceo, pudo escuchar a algunos profesores y «a todos entendió, sino fue el que leía lengua hebraica».

Tres años más tarde (1543) escribe su preceptor Silíceo al emperador: «En lo de su estudio sé decir que entiende lo que lee en latín, aunque va aflojando el ejercicio, así por entender en la formación que V. Maj. le ha encomendado, como en el ejercicio de armas y caballería».

Se ha hablado mucho de la deficiente formación humanística que Felipe II recibió de su maestro Silíceo, ya que sólo aprendió latín y francés, representando un triste papel, debido a sus carencias, en las relaciones con sus estados. Su padre, que hablaba correctamente cinco idiomas, le había aconsejado que se perfeccionase en francés, pero sobre todo en latín.

Cabrera de Córdoba afirma que sabía latín, francés e italiano, aunque no necesitó usar ninguna de ellas, porque impuso la suya, el español, al mundo entero. La realidad debió ser que la excesiva indulgencia de Silíceo fue responsable de que Felipe II no aprendiese más que el latín eclesiástico, y fuese incapaz de expresarse en otra lengua diferente del castellano. Sin embargo, el soberano debió quedar satisfecho de la labor de su maestro y confesor Juan Martínez de Silíceo, pues le nombró primero obispo de Cartagena y más tarde (1545) arzobispo de Toledo.

En cuanto a su cultura personal, se deduce de los textos históricos que tuvo conocimientos de matemáticas y física, que le llevaron a cálculo de proporciones en edificios, bastante acertadas.

El ayo y más tarde mayordomo mayor de Felipe II, fue desde 1535 D. Juan de Zúñiga, gran comendador de Castilla, hombre de gran piedad y moral, austero, muy relacionado con los jesuitas y de espíritu paternal. Don Juan de Zúñiga fue

el verdadero educador y segundo padre del Príncipe. Don Juan y doña Estefanía Requesens, su esposa, padres del más tarde famoso D. Luis de Requesens, que se educó junto a Felipe II, fueron los que más influyeron en la formación de las costumbres del Príncipe, del que D. Juan no se separaba nunca.

FORMACION POLITICA A CARGO DE SU PADRE

En cuanto a la formación política de Felipe II, su padre fue el verdadero maestro. Al morir la emperatriz, Carlos V comprendió la obligación que tenía de responsabilizarse personalmente de la formación política y diplomática de su hijo, y a tal fin le fue poniendo al tanto de los asuntos de gobierno que traía entre manos. Le hacía asistir a los Consejos, le comunicaba sus resoluciones y las comunicaciones de los virreyes y gobernadores. La pena fue, que aquella formación que debería haber sido permanente, sufrió

lagunas, debido a las continuas y prolongadas ausencias del emperador.

Pero tanto su formación humanística como su preparación política, la recibió el Príncipe muy alejado de los campos de conquista y de los campamentos militares que su padre dirigía. Tampoco tuvo a su padre como compañero de sus juegos infantiles, sino sólo en su mente e imaginándolo como un héroe lejano, de grandeza insospechada y el modelo a imitar durante toda su vida.

El Príncipe, de actitud escasamente marcial, se va a diferenciar tremendamente de aquel intuitivo caudillo y victorioso guerrero que fue su padre. La primera vez que Felipe II participó en una operación militar fue en 1542 junto al duque de Alba para arrojar a los franceses del Rosellón, aunque éstos se retiraron apenas iniciados los primeros ataques. Con motivo de la victoriosa batalla de los españoles frente a los franceses en San Quintín, el 10 de agosto de 1557, Felipe II escribió a su padre expresándole el pesar que tenía por no haber estado presente en la misma: «Mi pesar de haber estado



Carlos I y la Emperatriz Isabel de Portugal, padres de Felipe II.

ausente, supera a cuanto Vuestra Majestad puede suponer».

El emperador se preocupó siempre que su heredero estuviese informado de las tareas de gobierno que le esperaban, y que las fuese asimilando con la práctica y siguiendo su magisterio. Por ello, cuando en 1543 el Príncipe desempeñó la regencia del reino a sus 16 años, su padre le redactó unas Instrucciones reservadas, las cuales constituyen, según Gechard, «un monumento de prudencia, de previsión, de una experiencia consumada en el gobierno, de un conocimiento profundo de los hombres y de las cosas, que bastan por sí solas para colocar a Carlos V a la cabeza de la política de aquel siglo».

Las instrucciones anteriores que Carlos V firma en Palamós en mayo de 1543 para su hijo, constan de dos documentos. En uno de ellos, que le remite por medio de su mayordomo, D. Juan de Zúñiga y que ha de ser leído en presencia de éste, le instruye pormenorizadamente sobre las tareas de gobierno y las relaciones con sus consejeros.

Comienza diciéndole que «ha determinado, como es razón, dejarle en su lugar, para que gobierne estos reinos en su ausencia». Le resume después las enseñanzas de su consumada experiencia, indicándole que favorezca la justicia, pero de forma moderada y templada: «guardaos de ser furioso, y con furia nunca ejecutéis nada»; le continúa diciendo que no siga los consejos de los mozos, ni los malos de los viejos, y que huya de los aduladores; que no firme nada sin que antes lo haya visto el presidente del Consejo de Castilla (el arzobispo de Toledo, cardenal Tavera), o Francisco de los Cobos (secretario de Carlos I), y que ante cualquier duda consulte con D. Juan de Zúñiga, a quien da los más amplios poderes para que le guíe y corrija, y a quien ha de tener como padre.

Además de la carta anterior, le escribe el emperador desde Palamós otra carta

secreta, «que será para vos solo, y así la tendréis secreta bajo vuestra llave, sin que vuestra mujer ni otra persona la vea». En este documento le explica las dos tendencias que existen entre los consejeros y lo que opina sobre cada uno de ellos; le aconseja sobre la conducta personal que debe observar en sus actuaciones, y hasta en las relaciones más íntimas con su futura esposa María Manuela de Portugal.

En 1546, Carlos I inviste a su hijo duque de Milán, y con el fin de prepararle para sucederle en el Imperio Germánico, que era la preocupación principal del emperador, en aquellos años, organizó, en compañía del Príncipe, un viaje por Europa, que se prolongó de octubre de 1549 a julio de 1550.

A fin de instruir al Príncipe para este viaje, volvió su padre a redactarle otras largas instrucciones, en las que el viajero cosmopolita demuestra un conocimiento profundo de los pueblos que gobernaba. Visitaron Alemania del Sur, Italia del Norte y los Países Bajos. El invierno lo pasó Felipe en Bruselas en compañía de su padre, quien le puso al corriente de los asuntos de Estado y le ejercitó en prácticas diarias de gobierno. A pesar de que el Príncipe se esforzó por atraerse a sus futuros súbditos, no lo consiguió, quizás debido a su actitud personal y a la seriedad excesiva.

De regreso a España, el Príncipe siguió más de cerca las tareas de gobierno, guiado siempre por su padre, a quien admiraba y respetaba profundamente. Durante las repetidas ausencias del emperador, Felipe dirigió personalmente el gobierno. De hecho, el Príncipe gobernó desde los 24 años, pues aunque los despachos se firmaban con los nombres de D. Carlos y doña Juana, el gobernante efectivo era él. Cuando en 1556 se hizo cargo del gobierno de los numerosos dominios que le dejó su padre al abdicar, Felipe II estaba preparado de forma adecuada para la nueva responsabilidad.

PERSONALIDAD DE FELIPE II: EL HOMBRE Y EL SOBERANO

A través de los retratos que conocemos de Felipe II, debidos a Tiziano, Antonio Moro, Pantoja de la Cruz y Sánchez Coello, y de las descripciones halladas, se puede decir que en el aspecto físico este monarca era de pelo claro, tez blanca y barba cortada al «uso de la época», de estatura más bien inferior a la media, delgado y de porte erguido; de ojos grandes y azules, casi siempre enrojecidos por el exceso de trabajo; con labios demasiado gruesos y el inferior con la marca característica de los Habsburgo.

Según Cabrera de Córdoba, Felipe II «tenía la frente señorial, clara y espaciosa; los ojos grandes, despiertos, garzos, con mirar tan grave que ponía reverencia el mirarlos... Tuvo perfecta vista y en el oír sutileza...» Felipe II se esforzó por cultivar su fortaleza, pero su naturaleza algo débil se fue minando progresivamente por el asma, la gota y el mal de piedra. A pesar de esta aparente debilidad y del trabajo agobiante durante toda su vida, logró vivir más de 70 años.

DIVERSOS RETRATOS DE SU PERSONALIDAD

Los retratos trazados por los diversos historiadores sobre la personalidad de

Felipe II, suelen ocupar posiciones extremas: detractores o apologistas. Incluso entre los que ocupan una situación intermedia existen grandes distancias en la apreciación de la personalidad de este rey.

El doctor Gregorio Marañón, apoyado en su experiencia de psiquiatra, ofrece una interesante interpretación, según la cual, Felipe II fue muy inferior a su padre, careció de confianza en sí mismo y era indeciso, «un débil con poder», de ahí que ocultase sus carencias tras una máscara de solemnidad, se entregase con ahinco al trabajo y erigiese la desconfianza en sistema de gobierno como le había aconsejado su padre.

Por otro lado, D. Claudio Sánchez Albornoz se niega a aceptar la encarnación habitual de España en Felipe II, hijo de madre portuguesa y de padre flamenco, dado que le atribuye a este rey un espíritu calculador, flemático, tímido y frío, y este retrato no responde al temperamento y forma de ser de los españoles. Las interpretaciones dadas por Marañón y Sánchez Albornoz evidencian falta de simpatía por Felipe II, pues resultan muy severas.

Según Cabrera de Córdoba, «Era su temperamento sanguíneo, de mediana mixtura de melancólico, para moderar el altivo movimiento de la sangre... Este temperamento le dio, como suele, vida

larga, señorial presencia, agudo ingenio, gran memoria, inclinación a lo justo, fiel, magnánimo, impresión fácil de la virtud, alegría y atracción de ánimo, que hizo de muchos feliz el curso de la vida...» Como vemos, para Cabrera de Córdoba, este temperamento encerraba grandes virtudes. Sin embargo, quienes han querido cargar las tintas sobre el monarca de El Escorial, han explotado lo de «mezclado con melancólico». Cabrera de Córdoba al hablar de las cualidades de Felipe II se expresa así: «que en decir grave, en responder pronto y agudo, en percibir fácil, en advertir claro, en las cosas arduas y difíciles cauto, sesudo, detenido».

A través de las observaciones recogidas en diversas obras dedicadas a Felipe II, podemos llegar a formarnos una idea bastante aproximada sobre la personalidad de este monarca. De temperamento algo débil (acaso debido a la consanguinidad de sus antecesores), de actitud escasamente marcial, amante de la vida sedentaria, de la burocracia y de la soledad, de inteligencia poco viva y de una increíble capacidad de trabajo.

SERIEDAD Y SENTIDO DE JUSTICIA

Tanto por su naturaleza como por la educación recibida, era propenso a la seriedad y austeridad. Un tanto reservado y tímido, poseía un gran dominio de sí mismo, que le permitía controlar al máximo sus emociones, sobre todo, si esa exigencia venía impuesta por su condición de gobernante. Marañón opina que la vida de Felipe II se puede dividir en dos épocas diferentes: una alegre, optimista y juvenil y otra de madurez, melancolía e irresolución. La divisoria la marcaría el año 1568: muerte de su tercera esposa Isabel de Valois y del príncipe Carlos, sublevación de los moriscos en las Alpujarras y graves desórdenes en los Países Bajos.

A través de las relaciones de los embajadores venecianos se trasluce una per-

sona fría y cortés, que recibía a sus visitantes con afabilidad, pero fijaba en los mismos tan desconcertantemente sus ojos azules, y respondía tan bajo, que la gente se sentía incómoda e inmutada en su presencia. La excesiva reflexión, acentuada por el sentido de la responsabilidad que llevaba sobre sus hombros, le tornaba demasiado serio.

Con un estricto sentido de la justicia, intervino en favor de algunos acusados, en cuyos procesos se habían alegado defectos de actuación. Así, en 1596 escribió al presidente de la Chancillería de Valladolid, en lo relativo a un soldado que sin posibilidad de defensa había sido azotado.

Pero a pesar de su profundo sentido de la justicia y del interés demostrado por aplicarla imparcialmente, pensaba que su soberanía le daba autoridad para administrarla secreta y privadamente, al margen de cualquier autoridad que no fuese la divina. Quizás este convencimiento le llevó a cometer, o al menos consentir, hechos que se resisten a encajar en los presupuestos morales de dicho monarca.

Se cree, sin que existan pruebas concluyentes, que con su consentimiento se dio muerte al secretario de D. Juan de Austria, Escobedo. Sí existen, en cambio, pruebas fehacientes que demuestran que Felipe II decidió se diese garrote secretamente en el castillo de Simancas al barón de Montigny, enviado a la corte española en misión diplomática por la nobleza de los Países Bajos. La versión oficial dada, preparada por el propio rey, fue que Montigny había muerto de muerte natural. Esto escribía Felipe II al duque de Alba el 3 de noviembre de 1570: «El asunto fue tan bien, que hasta ahora todo el mundo creyó que murió de enfermedad. Y esto debe divulgarse también allí, difundiendo discretamente dos cartas procedentes de aquí».

En los dos casos, Felipe II habría consentido la ejecución sin el juicio correspondiente, exceso no muy distante del puro asesinato. No obstante, es preciso recordar que los monarcas de aquella época tenían derecho de vida y muerte



Retratos del rey Felipe II en su juventud y madurez.

sobre sus súbditos. Cuando Felipe II pensaba que el bien del Estado lo exigía, su severidad era implacable.

DE ACTITUD IMPERTURBABLE

El ejemplo característico de la inflexibilidad y actitud imperturbable de Felipe II lo hallamos en el tema de la Armada Invencible. Tanto en 1571 como en 1588, el Rey Prudente afirmó que había sido Dios quien le había encargado el gran objetivo de conquistar la isla y rechazó todas las objeciones que le hicieron al respecto: «Deseo tan de veras el efecto deste negocio y estoy assi tocado en el alma dél y he entrado en una confianza tal que Dios nuestro Señor la ha de guiar como causa suya, que ni me puedo dissuadir ni satisfacer ni aquietar de lo contrario».

La Armada Invencible partió en 1588 contra Inglaterra, según uno de sus oficiales veteranos, «con la esperanza de un milagro». Sin embargo, tal suceso sobrenatural no tuvo lugar y el monarca recibió imperturbable en octubre la noticia del desastre, con la misma ecuanimidad que la victoria de Lepanto frente al turco en

1571. Su sangre fría le hizo exclamar: «Espero que Dios no haya permitido tanto mal, pues todo lo he hecho por su causa».

En el desastre de la Invencible, España perdió más de 15.000 hombres, 70 barcos, prestigio y dinero; sin embargo, la reacción de su rey, siempre dueño de sí mismo, fue: «contra los hombres la embié, no contra los vientos y la mar».

En la guerra de los Países Bajos, según escribió un agudo observador inglés en 1574, «el orgullo del Gobierno español y la defensa de la religión eran el principal obstáculo para un buen acuerdo». Felipe II buscaba vencer para imponer sus convicciones, pues sostenía que no podía negociar con herejes. Impertérrito y convencido de su causa, no le importó luchar la mayor parte de su reinado en Flandes, ni arruinar la economía española, ni sacrificar miles de vidas humanas.

LENTITUD Y DESCONFIANZA

Felipe II, a diferencia de los reyes caballeros como su padre, era un soberano burócrata que hacía pasar todo por

sus manos. Se conservan numerosos documentos en el Archivo de Simancas, en los que se puede ver la gran cantidad de anotaciones, a veces sobre cuestiones insignificantes, que el monarca de El Escorial hacía rectificando nombres, añadiendo comentarios al margen, o haciendo precisiones con su característica letra picuda y desgarrada. Esta preocupación por el detalle, impropia de un dirigente, evidencia según Lapeyre, una inteligencia no muy viva.

La minucia, los numerosos informes y el excesivo interés por las cuestiones de gobierno, que han servido para que se le dé el calificativo de «rey papelero», son asimismo testimonio de una voluntad indecisa e irresoluta, o de una excesiva prudencia, que dilataba exageradamente algunas resoluciones, con las consiguientes consecuencias negativas.

Personajes tan dispares como D. Juan de Austria, Gonzalo Pérez o su compañero de infancia D. Luis de Requesens, coinciden en lamentarse de la lentitud. Gobernadores y virreyes se quejan frecuentemente de que no se les contesta a tiempo y se impacientan con los retrasos. Algunos fracasos de la política exterior se debieron a esta lentitud. Pío V le escribió en 1565: «Su Majestad se detiene tanto en considerar las empresas, que cuando llega el momento de llevarlas a efecto, ya ha pasado la ocasión y se ha gastado el dinero».

Hasta su mismo confesor, Chaves, le tuvo que reprender en los últimos años, por la lentitud con que administraba justicia, llegando a amenazarle con negarle la absolución, si no terminaba de decidir la sentencia por malversación de fondos contra el ministro, conde de Barajas.

La desconfianza ante cualquier opinión, sobre todo si procedía de personalidades fuertes, es otro de los defectos que se le imputa a Felipe II. Se servía de los consejos del duque de Alba, del marqués de Santa Cruz, de D. Juan de Austria, de Alejandro Farnesio, del duque de Parma, pero prefería ortorgar su confianza y ele-

gir para consejeros ordinarios y secretarios suyos, a hombres de menor carácter y significación social: su secretario Mateo Vázquez, el duque de Medina Sidonia, Ruy Gómez, etc.

El doctor Marañón ha tratado de explicar la desconfianza de Felipe II, basándola más que en el sentimiento de inferioridad, en la falta de confianza en sí mismo para enfrentarse a personalidades fuertes. Para compensar este sentimiento, se rodeaba de barreras infranqueables de reserva y solemnidad. Sin embargo, hasta cierto punto era natural que Felipe II sintiese desconfianza ante los poderosos y procurase dejar la corona a salvo de los juegos de la nobleza a que había estado sometida un siglo antes y que volvería a repetirse con sus sucesores.

Para hallar una explicación a los defectos o carencias, no siempre debidos a la voluntad y temperamento del monarca, es necesario considerar la responsabilidad que pesaba sobre su corona y las dificultades y problemas que cada día debió afrontar. Le correspondió gobernar un gran imperio, constituido por estados muy diversos y dispersos.

Cuando se critica de excesivamente lenta la maquinaria administrativa del gobierno de Felipe II, se debe considerar con Braudel, que el problema principal del Imperio español en el siglo XVI era el de las comunicaciones. Con correos a caballo y navíos de vela, resulta difícil gobernar tan vastos territorios.

Además, es preciso considerar, que cuando Felipe II tomaba una decisión, necesariamente tenía que encuadrarla en el contexto general de su política, y medir las repercusiones lejanas de sus actos, no interpretándola simplemente desde una óptica local, como podían hacerlo sus subordinados. Por tanto, el soberano no podía precipitar las resoluciones. Sin duda, la diversidad de estados, las distancias entre los mismos y las dificultades de la época, harían fracasar en numerosas ocasiones los esfuerzos del monarca y de la administración.

CUATRO MATRIMONIOS Y CASI UN TERCIO DE SIGLO VIUDO

EN la larga vida de Felipe II tuvo tiempo de casarse cuatro veces y permanecer viudo casi un tercio de siglo. Los cuatro matrimonios tuvieron lugar por motivaciones políticas. De su comportamiento en los mismos parece deducirse que fue un buen marido. Durante su juventud se le atribuye algún desliz amoroso, pero al carecerse de pruebas concluyentes, se le debe atribuir al monarca de El Escorial el beneficio de la duda.

En 1543, cuando sólo contaba 16 años, Felipe contrajo matrimonio con su prima carnal por las dos ramas, la infanta portuguesa, de la misma edad, María Manuela. La última palabra para decidir este matrimonio la tuvo el propio Príncipe que se inclinó por su prima, en vez de por la infanta Margarita de Valois, hija del rey francés Francisco I. En esta decisión de Felipe influyeron el cariño que conservaba de su madre, también portuguesa, y la posibilidad de que con esta unión se heredase la corona de Portugal.

Los impulsos juveniles y la inquietud por conocer a su futura esposa, hicieron que cuando ésta llegaba a la frontera portuguesa, el Príncipe saliese disfrazado al encuentro de la misma para poder contemplarla, antes de las presentaciones oficiales. Después de la boda, los príncipes visitaron en Tordesillas a su abuela Juana «la Loca», que los recibió con ilusión e hizo que bailasen en su presencia.

De este matrimonio nació, el 9 de julio de 1545, en el actual palacio de Capitanía General de Valladolid, el príncipe Carlos. Cuatro días más tarde moría su madre, cuando solamente contaba 18 años. La portuguesa, doña Leonor Mascarena, que había sido la segunda madre de Felipe II, empezó a desarrollar el mismo cometido con el príncipe recién nacido.

La tristeza de Felipe II ante la muerte de su esposa, se expresa en la carta que escribe a su padre el 13 de agosto de 1545: «Yo no escribí a S. Maj. porque la congoxa y pena con que estaba, de haber recibido tan gran pérdida, no me dio lugar a ello».

Después de haber fracasado el intento de contraer matrimonio con otra princesa portuguesa, y de llevar ya nueve años viudo, nuevamente se imponen las razones de Estado» y Felipe II, que cuenta ya con 27 años, se casa en 1554 con María Tudor, la reina de Inglaterra (hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragón, hija a su vez de los Reyes Católicos) que tiene ya cuarenta.

En el matrimonio de Felipe II con María Tudor, mujer poco agraciada físicamente y bastante envejecida, tenía gran interés el emperador Carlos I, pues mediante este enlace se buscaba la ayuda de Inglaterra para conservar los Países Bajos, cercar a Francia y colocar tal vez un descendiente de los Habsburgo en este reino. Las esperanzas pronto se desva-



Maria de Portugal



Maria Tudor.



Isabel de Valois



Ana de Austria

Las cuatro esposas de Felipe II.

necieron, pues la reina murió a los cuatro años de la boda sin descendencia.

La tercera esposa y más querida de Felipe II fue Isabel de Valois, hija de los reyes franceses Enrique II y Catalina de Médicis. Se había pensado en ella para futura esposa del príncipe D. Carlos, pero la muerte de María Tudor y la conveniencia de sellar con verdadera amistad la paz de Chateau-Cambresis entre Francia y España en 1559, aconsejó este enlace que se realizó en el mes de junio de dicho año.

A pesar de la gran diferencia de edad entre los dos esposos, Felipe 32 e «Isabel de la Paz», nombre con el que también se la conoce, 13, el matrimonio fue un acierto de penetración y entendimiento. La suavidad y dulzura de Isabel atemperó la dureza y rigor de Felipe II, que volvió a enviudar en octubre de 1568. A pesar de haber muerto la reina tan joven, 23 años, víctima de viruelas, le dejaba a Felipe II dos hijas, que serían para el soberano el mayor consuelo el resto de sus días: Isabel Clara Eugenia, la más querida y más tarde casada con el archiduque Alberto, y Catalina Micaela que se desposaría con el duque de Saboya.

Como en 1568 había muerto el príncipe D. Carlos, único heredero varón que tenía Felipe II, el monarca se vio en la necesidad de celebrar su cuarto matrimonio en 1570 con su sobrina Ana de Austria, hija del emperador Maximiliano II, con el fin de obtener un heredero para sus reinos. De este matrimonio celebrado en Segovia en 1570, cuando el rey tenía 43 años, el doble que su esposa, nacieron cinco hijos (Fernando, Carlos, Diego, Felipe y María), pero todos murieron menos el cuarto que sería el heredero.

Parece ser que el futuro Felipe III, de escaso vigor espiritual y enfermizo por naturaleza, hacía exclamar desventurado a Felipe II, viendo las limitaciones de su hijo: «Dios, que me ha dado tantos y tan extensos estados, no ha querido darme un heredero apropiado para su gobierno. Desde 1580 en que murió la reina Ana, a consecuencia de una peste cuando la Corte se hallaba en Badajoz, hasta 1598

en que Felipe murió, el soberano permaneció viudo, solitario y retraído.

A pesar de las insinuaciones de Guillermo de Orange, acusando a Felipe II de mujeriego, la crítica histórica lo desmiente. Más bien, cuando cumplía sus deberes conyugales, debía sufrir tal irritación nerviosa, que procuraba hacer el amor lo menos posible.

Es curioso a este respecto, cómo en las instrucciones que su padre escribió para el entonces Príncipe en 1543 en Palamós, le aconseja hasta en lo relativo a las relaciones conyugales con la que sería su primera esposa, cuando los príncipes tenían 16 años: «Hijo por cuanto vos sois de poca y tierna edad, y no tengo otro hijo sino vos, ni quiero haber otros, conviene mucho que os guardéis y que no os esforcéis a estos principios de manera que recibáis daño en vuestra persona; porque además que eso suele ser dañoso, así para el crecer del cuerpo como para darle fuerzas, muchas veces pone tanta flaqueza, que estorba hacer hijos y quita la vida».

Los cuatro matrimonios de Felipe II, sin duda ejercieron un cierto influjo en su personalidad. Del primero nació el desdichado príncipe Carlos, que tantos sufrimientos ocasionó al rey. El celebrado con María Tudor no debió ser muy atrayente, pues la belleza de la reina no era precisamente de las que cautivasen, pero las «conveniencias del Estado» mandaban. El tercer matrimonio con la dulce «Isabel de la Paz», su preferida, dejó honda tristeza en el monarca. Los diez años vividos con su última esposa Ana, que le dio cinco hijos, aunque sólo sobreviviese el heredero, forzosamente tuvo que influir en el «eterno viudo».

En las relaciones con sus cuatro esposas parece demostrada la fidelidad del Rey Prudente. No se descartan algunas aventuras galantes en sus dos primeras épocas de viudez. En cuanto a sus esposas, lo mejor que se puede alegar en su honor fue el amor que le demostraron para proporcionarle un heredero, aún a costa del peligro de inmolar sus propias vidas.

VIDA PRIVADA Y VIDA DE CORTE

A Felipe II le gustaba el trato sencillo e informal con la gente. Igual comía bacalao con los pescadores, que aceptaba agua de un campesino. En sus viajes se mezclaba con la gente y escuchaba las peticiones de los humildes.

Impecable en la limpieza personal, su vestido era sencillo, aunque casi siempre negro. Cada mes estrenaba un traje, pero sin modificar el diseño y color. Según las impresiones recogidas por varios observadores y la imagen que proporciona su retrato más famoso, el de 1579, cuando el soberano se hallaba en el cenit de su poder, parecía un caballero acomodado o burgués, no el monarca más poderoso de la tierra.

AFICIONES PRIVADAS

Tenía gustos refinados, pues siempre fue amante de la naturaleza y de sus bellezas naturales. El rechazo de Felipe II a la pompa y ostentación, le llevó a fabricar su propio mundo, donde se refugiaba para practicar sus aficiones favoritas: la caza, la pesca, los jardines, la lectura, el coleccionismo, etc.

Gran atención dedicó Felipe II a sus palacios. Con motivo de la victoria de San Quintín, alcanzada el 10 de agosto, día de San Lorenzo, Felipe II mandó construir el monasterio de San Lorenzo de El Escorial en 1563. El mismo rey eligió el emplaza-

miento en un magnífico paraje de la sierra del Guadarrama y próximo a Madrid. Aunque lo fundamental de la construcción se elevó en pocos años, las obras continuaron casi un cuarto de siglo más. Los arquitectos Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera informaban continuamente al monarca de la marcha de las obras, las cuales visitaba éste con regularidad.

El Escorial refleja perfectamente los ideales del gobierno de Felipe II: austeridad, solidez y centralismo, al servicio de la fe. El Escorial, con más de 4.500 habitaciones, era al mismo tiempo palacio real, monasterio, mausoleo real, biblioteca y museo. Pero en monumento tan colosal, la sencillez de Felipe II queda patente, al elegir para su residencia, unas austeras habitaciones en un ángulo del grandioso monasterio que sobrepasa las 10.000 puertas. Desde 1566 el rey pasaba los veranos en El Escorial.

La afición a la caza fue grande durante toda su vida. Cuando sólo tenía 10 años, su padre tuvo que limitar le el número de piezas que podía cazar, para no acabar con las reservas del parque. A los 70 años, la caza le seguía llevando en carruaje hasta los bosques, donde disparaba contra los ciervos que sus tiradores le acercaban.

La pesca fue otra de las distracciones de Felipe II. Como el rey deseaba que nadie le arrebatase sus piezas, las carpas reales

se protegían de los furtivos aplicando 100 azotes a los infractores. Pero un rey que tenía tantos reinos que gobernar, no podía perder el tiempo esperando a ver si los peces picaban. Por ello, antes de ir al Pardo en febrero de 1566 ordenó, «que desagüe el estanque pequeño desde esta noche, para que mañana esté ya baxo y le podamos pescar.»

Su entusiasmo por el coleccionismo, sobre todo el intelectual, fue extraordinario. Con el valor que poseían las colecciones del monarca, unos siete millones de ducados, podría haberse construido y decorado otro Escorial. La gran biblioteca de El Escorial poseía 14.000 volúmenes (hoy más de 40.000) de su propiedad particular. Disponía además, de joyas, mapas, armaduras, estatuas y tesoros diversos. La Casa Real albergaba más de 200 instrumentos de música, entre los cuales se hallaban 16 gaitas. Disponía de un carrillón que mandó instalar en una de las cuatro torres escorialenses, además de 137 relojes, astrolabios y más de 500 monedas y medallas. Sus palacios se hallaban decorados con más de 700 pinturas, obras maestras de Tiziano, el Bosco, Brueghel, etc.

El soberano de El Escorial fue una de las personas más cultas de su época. En el mismo monasterio instaló «la Torre del Filósofo», observatorio y laboratorio químico al mismo tiempo. Su mecenazgo se extendió a los historiadores, científicos, exploradores, artistas, etc. Su afición y gusto por las bellas artes quedan fuera de toda duda. La construcción de El Escorial lo demuestra plenamente.

EL MONARCA MAS TRABAJADOR DE LA HISTORIA

Quizás no se esté de acuerdo en su forma de trabajar o gobernar, pero de lo que nadie puede dudar es de su diligencia, de su enorme entrega, de su gran capacidad de trabajo y de sus jornadas diarias agotadoras. En mayo de 1575 decía a su secretario: «Agora me dan otro pliego

vuestro. No tengo tiempo ni cabeza para verle y así no le habro hasta mañana y son dadas las 10 y no he cenado; y quédame la mesa llena de papeles para mañana pues ya no puedo más agora».

Según el historiador francés Lapeyre, el Rey Prudente «Manifiesta una gran conciencia profesional. En este punto no puede haber discusión: Felipe II fue un hombre profundamente penetrado del sentido del deber, muy superior en este terreno, a un Enrique VIII o un Francisco I». Desde las ocho de la mañana en que generalmente despertaba, hasta las nueve y media en que se levantaba, leía papeles en la cama durante casi una hora. Después que sus barberos le afeitaban y sus ayudas de cámara le vestían, oía misa, y



La infanta Isabel Clara Eugenia, hija predilecta del monarca.

dedicaba el resto de la mañana a recibir audiencias. A continuación almorzaba y descansaba en la siesta. Por la tarde trabajaba en su despacho hasta las nueve, en que cenaba, continuando la jornada después, lo cual le fatigaba y hacía exclamar en 1577: «Son ya las 10 y estoy hecho pedazos y muerto de hambre y es día de ayuno. Y así quedará esto para mañana». Gobernaba sus inmensos dominios desde su despacho, recibiendo la correspondencia de todo su imperio, leyendo, insistiendo en quererlo ver todo, despachando 400 documentos al día, escuchando informes, recibiendo visitas, etcétera.

A veces se encontraba tan agobiado por las tareas de gobierno, como en 1568 con motivo de la guerra de las Alpujarras y la invasión de los Países Bajos, que deseaba dejarlo todo: «Son cosas éstas que no pueden dexar de dar mucha pena y cansar mucho y así creed que lo estoy tanto dellas y de lo que pasa en este mundo; si no fuese por [algunas]... cosas a que no se puede dexar de acudir, no sé qué me haría... Cierto que no estoy bueno para el mundo que agora corre, que conozco yo muy bien que habría menester otra condición no tan buena como Dios me ha dado, que sólo para mí es ruin».

LA VIDA EN FAMILIA Y EN LA CORTE

En las épocas de agotamiento y tristeza, el rey buscaba el consuelo en su familia, primero en sus esposas y más tarde en sus hijas. También el rey pasaba buenos ratos con los bufones de la Corte, un grupo de retrasados procedentes del manicomio de Zaragoza. Más de dos docenas de enanos le divertieron en la vida.

La más célebre fue Magdalena Ruiz, que era alcohólica y sufría ataques epilépticos. Magdalena era el encanto de las

hijas del rey y la preferida de las multitudes que para provocarla o asustarla le cantaban: «La cuerda, la cuerda». Su encanto o gracia consistía en hacer algo mal: marearse, caerse, enfermar, comer con exceso, etc. Otro bufón que suena mucho en la Corte era el jardinero Tristán «el Calabrés», chiflado y muy adicto al monarca, al que servía de espía.

El gran corazón, la fina sensibilidad y el amor a la naturaleza se evidencian en las cartas que desde Portugal escribe a sus hijas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela en 1581 y 1582 y son el testimonio más convincente de la vida privada del soberano. «Si tenéis medidas, decidme cuánto habéis crecido después que no os vi...» En dichas cartas se revela un padre bueno, solícito, tierno, sencillo, familiar, humorista, que come muchos melones y se pierde el gorgojo de los ruiñesores de Aranjuez.

La Corte de Felipe II no era triste. Hubo épocas, debido a los lutos del rey, en que no tenían lugar los festejos ruidosos, pero siempre quedaban los paseos por los jardines, la caza, las excursiones, los juegos de salón, los festines, los bailes, las farsas, los autos y representaciones. A los bailes y saraos nunca puso mala cara Felipe II, pero mientras permaneció casado, solamente bailó con su esposa.

En esta época eran frecuentes los entretenimientos para el pueblo, torneos, justas, corridas de sortijas y corridas de toros, de los que también participaba la Corte. Las corridas de toros eran bastante más peligrosas que las actuales, pues había no pocos muertos. Felipe II defendió resueltamente las corridas de toros frente al papa Pío V, que en 1563 publicó una bula prohibiendo los toros y amenazando con la excomunión a los que asistieran o tomaran parte en los mismos. Pero el monarca consiguió la excepción de España a esta prohibición, pues el toreo era connatural al pueblo español.

FELIPE II Y LA DEFENSA DE LA FE CATOLICA

LA piedad de Felipe II fue evidente a lo largo de su vida. Poseía numerosos libros que con frecuencia consultaba. Antes de acostarse leía algún pasaje de la Biblia y junto a su cama se alineaban más de tres docenas de libros piadosos. Oía misa a diario, escuchaba algún sermón en la semana, comulgaba cuatro veces al año y meditaba profundamente en cuaresma y antes de tomar alguna decisión importante: arresto de Antonio Pérez o después de morir su tercera esposa Isabel de Valois.

Asistía con placer a las ceremonias religiosas, no importándole las inclemencias climáticas, como el calor sofocante que soportó en la procesión del Corpus cordobés en 1570: «El sol no me hará daño», decía a los que intentaban que se cubriese. Los religiosos, entre ellos Santa Teresa y San Ignacio de Loyola, captaban fácilmente la fe del soberano.

Su profunda piedad y la sinceridad de su vida religiosa no es puesta en duda, a pesar de que la leyenda negra llegase a afirmar que no poseía la más mínima virtud. Su celo religioso le ha valido la admiración de los españoles y el calificativo acusatorio de fanático. Una de las frases que mejor indican su pensamiento, aunque no ha de tomarse estrictamente en sentido literal, es la escrita en 1566 con motivo de los conflictos de los Países Bajos: «Antes que permitir el menor

extravío en materia de religión o en lo referente al servicio de Dios, prefiero perder todos mis dominios y cien vidas, si las tuviere, ya que no deseo, a ningún precio, reinar sobre herejes». Como es lógico, esta frase encierra cierto subjetivismo.

La dignidad con que Felipe II vivió, como hombre y como gobernante, fue ejemplar y contrasta con la de numerosos príncipes de su época. Sus creencias eran sólidas aunque teñidas de cierto rigorismo. La sinceridad de sus convicciones religiosas quedó plasmada en la concepción de El Escorial: monasterio y residencia real. El estilo arquitectónico de El Escorial responde al nuevo tipo de vida espiritual de la Contrarreforma que Felipe II representa: «Así como en Trento el catolicismo se ha purificado y acrisolado de escorias y excrecencias, de los malos gustos e hipertrofia de una larga tradición medieval, así el estilo arquitectónico de este Renacimiento ha de evitar todo adorno y hojarasca superfluos, todo vestigio gótico, plateresco o árabe, instaurando la sencillez y dignidad clásica».

No es posible comprender el gobierno de Felipe II, si no se reconoce la importancia que el soberano concedía a la religión. La religión imprimió siempre fuerte huella en sus decisiones políticas y en la conducta personal del monarca. De ahí que cuando pensaba que alguna de sus



Retrato de Felipe II, por Sánchez Coello.

actuaciones podía dañar la moral, consultaba con sus confesores. Incluso es posible que confiase más en los teólogos y confesores que en los consejeros políticos.

Felipe II identifica lo político y lo religioso. Veamos confirmada la afirmación anterior en la exhortación que se hace a los combatientes de la Armada Invencible en 1588. Al hablar de la empresa de la Invencible se dice que es «la más importante que ha habido siglos atrás en la Iglesia de Dios... En esta jornada, señores, se encierran todas las razones de justa y santa guerra en la cual se defiende nuestra sagrada religión y santísima fe romana...»

En realidad en el siglo XVI es muy difícil señalar los límites entre la política y la religión. Pero la religiosidad de Felipe II no se limitaba a la relación con Dios o con los santos, sino que le exigía responsabilizarse de la conservación de la fe católica e impedir la expansión de la

reforma protestante: «su principal estudio y cuidado ha sido mantener y sostener la verdadera y antigua fe católica... y sobre este firme fundamento... ni ha de consentir ni permitir jamás, cosa... contraria a esto...»

¿Qué causas impulsaban a Felipe II a la defensa de la fe católica y a constituirse en enemigo declarado del protestantismo? ¿Por qué los principios de actuación política del monarca de El Escorial se resumían en «Paz con los cristianos y guerra con los infieles?»

- 1) La reforma protestante representaba un ataque frontal al orden constituido que Felipe II representaba.
- 2) Felipe II consideraba herética la doctrina protestante y ésta representaba un duro ataque a la unidad de la Iglesia católica.
- 3) Los enemigos políticos de España coincidían exactamente con los enemigos de la fe católica: turcos y protestantes (Países Bajos, Francia, Inglaterra, Alemania, etc.).

Uno de los títulos que se da a Felipe II es el de «cruzado católico». Con él se pretende reconocer la lucha o vigilancia permanente que el soberano mantuvo en defensa de la fe católica. Para ello, España tuvo que luchar constantemente en los campos de batalla europeos contra los calvinistas holandeses, los protestantes alemanes, los hugonotes franceses, los anglicanos ingleses, los turcos, etc.

La Inquisición fue un instrumento esencial que Felipe II aplicó para la defensa de la fe y persecución de la herejía, frente a los protestantes y moriscos. La Inquisición española ha sido muy criticada, aunque es preciso reconocer que la actuación del Santo Oficio fue más o menos intensa y cruel en todos los países. La época del inquisidor Valdés (1547-1566), que corresponde a los últimos años del emperador y primeros de Felipe II, es quizás la más dura de la historia de este tribunal.

EN SUS DOMINIOS NO SE PONIA EL SOL

EN términos generales se puede afirmar que el gobierno de Felipe II coincide con el apogeo del poderío español. El conjunto de sus Estados constituía un verdadero Imperio, aunque su soberano no ostentase la dignidad imperial, carencia que, en realidad, le beneficiaba, pues aunque no disponía de los dominios alemanes, tampoco debía soportar sus enojosos problemas.

LA CENTRALIZACION CASTELLANA

Castilla fue el centro del Imperio, la residencia de la Corte y el principal abastecedor de recursos económicos y militares. Aragón, debido a su menor población, constituía un eslabón secundario, pero bien articulado. Italia, el Franco Condado y los Países Bajos, muy distantes de Castilla, resultaban difíciles de gobernar, sobre todo estos últimos. Los presidios africanos de Orán, Bugía, Túnez y otros menores, garantizaban la navegación entre los reinos españoles e Italia. Las Indias de América suministraban el oro y la plata que la alta política filipina exigía. En tan vastos dominios, más los de la corona portuguesa desde 1580, jamás se ponía el sol.

Pero la heterogeneidad de su composición, así como las grandes distancias entre los diversos eslabones de este inmenso Imperio, lo hacían muy endeble, pues en realidad se trataba de una asociación de territorios, de tipo federal, en la que cada uno tenía su propia autonomía. Cada Estado, al carecer de un sentimiento colectivo de unidad, pensaba en sus propios intereses y la colaboración en las escasísimas empresas globales que se dio, se realizó con muchas reservas. El rey era aceptado en cada Estado, como su monarca, siempre que respetase sus peculiaridades.

Felipe II, que hizo de España el corazón de la Monarquía Hispánica y estableció su capital en Madrid, no volvió a salir de la Península desde 1559. La lejanía del soberano respecto a los súbditos no españoles, la centralización de la administración, junto con la dirección de la misma por castellanos, provocó sentimientos de desatención y tensiones en el resto de sus súbditos, que lo veían cada vez más lejano. Según decía un embajador veneciano, «el rey no tiene consideraciones más que para los españoles; con ellos conversa, de ellos toma consejo, por medio de ellos gobierna».

Incluso, sólo en contadísimas ocasiones visitó a sus súbditos no castellanos. Ni

siquiera empleó las Cortes para conectar con el País. Las Cortes Generales de la Corona de Aragón, que Carlos I reunía cada cinco años, Felipe sólo las convocó en dos ocasiones en su largo reinado, si bien es cierto, que con el progreso de la autoridad central, prácticamente habían quedado vacías de contenido. Las Cortes castellanas, cada vez más obedientes, sólo eran convocadas para que le proporcionasen dinero.

El centralismo burocrático del gobierno filipino otorgó un carácter estático a la Monarquía Hispánica, cuando en realidad los estados que la integraban exigían constantes adaptaciones. La problemática que el soberano tuvo que afrontar en el exterior y el peligro disgregador del protestantismo, aconsejaba la centralización castellanizante como la más idónea, pero los resultados fueron contraproducentes.

EL GOBIERNO DE APOYABA EN LOS CASTELLANOS

Con Felipe II la racionalización administrativa de la Monarquía alcanzó su culminación. Su organización se basaba en los Consejos, de carácter consultivo, que asesoraban al monarca. Además de los Consejos de carácter general, Estado, Guerra y Hacienda, existían los de tipo territorial: Italia, Aragón, Castilla e Indias.

Los diversos territorios del Imperio se hallaban gobernados por virreyes o gobernadores, que se relacionaban con la Corte por medio de los Consejos. Los virreyes fueron en su mayoría nobles castellanos o muy castellanizados. Sus amplias atribuciones gubernativas estaban controladas por los Consejos respectivos que se hallaban en la Corte, donde se recibían y estudiaban todos los despachos y asuntos que le concernían, y se vigilaban los posibles abusos, pues en los Consejos existía un grupo de personas naturales de

los territorios en cuestión, que conocían las peculiaridades de los mismos.

Los Consejos se reunían regularmente y los asuntos tratados quedaban registrados en unos informes o consultas, que servían para información real y como material para que el secretario de cada uno de ellos redactase los documentos destinados a la autoridad correspondiente, una vez que el rey hubiese tomado la resolución oportuna en cada caso. Esta organización, que por un lado puede considerarse perfecta, tuvo el inconveniente de ser excesivamente lenta.

Felipe II eligió para los servicios administrativos y de la Corte a graduados universitarios, de experiencia jurídica, procedentes de la burguesía o de familias hidalgas, e incluso es frecuente hallar bastantes clérigos. A la alta nobleza prefirió el soberano limitarla a los mandos del ejército y de los virreinos, frenando de este modo sus posibles ambiciones.

Entre los altos funcionarios reales sobresalían los secretarios. Servían de unión entre los Consejos y el rey, y eran los responsables de la redacción de la correspondencia real. Eran hombres de la confianza regia y venían a representar el papel de los posteriores ministros.

A pesar de la inclinación de Felipe II a estudiarlo todo personalmente, sus secretarios y consejeros ejercieron bastante influencia en la dirección de los asuntos estatales. Parece demostrado que en este equipo dirigente se mostraban dos tendencias, sobre todo en los primeros veinte años del gobierno filipino. Una de ellas la capitaneaba el príncipe de Eboli, D. Ruy Gómez de Silva, al que sucedió a su muerte Antonio Pérez, secretario de Estado; la otra la acaudillaba el duque de Alba y estaba apoyada por el otro secretario, Mateo Vázquez. Pero no representaban tendencias políticas constantes, con una línea directriz uniforme, sino que según el doctor Marañón buscaban sobre todo el favor real y sus opiniones variaban según las circunstancias.

PUNTOS OSCUROS EN LA VIDA DE FELIPE II

LA biografía de Felipe II quedaría incompleta si no se tratasen dos aspectos íntimamente relacionados con la vida del monarca: el caso de Antonio Pérez y la muerte del desdichado príncipe D. Carlos. Ya en vida del soberano fueron dos motivos que le preocuparon e hicieron sufrir, y más tarde han sido aprovechados por la leyenda negra y por los detractores de este rey como argumentos de ataque contra el mismo.

ANTONIO PEREZ

El oscuro asunto de Antonio Pérez, todopoderoso secretario de Estado de Felipe II, ha apasionado a numerosos historiadores y hasta el doctor Marañón escribió un magnífico libro sobre dicho tema. Antonio Pérez ostentó durante más de un decenio una elevada influencia cerca de Felipe II. Pérez, hombre de esmerada educación, de gran atractivo humano y de gustos refinados, logró ganarse la voluntad real. Valiéndose de sus extraordinarias dotes personales, de una ambición sin límites y de los méritos de su padre, el clérigo Gonzalo Pérez, secretario de Estado, consiguió ascender de forma vertiginosa a la Secretaría de Estado.

Pero el acelerado tren de lujo, diversiones y vida social que llevaba, le impulsaron a aceptar dinero a cambio de mercedes y cargos conseguidos del rey. En la década del setenta, Pérez debió de influir de manera clara en el monarca, hasta que éste se dio cuenta de sus

manejos, e incluso descubrió sus contactos con ciertos dirigentes de la rebelión de los Países Bajos. El asesinato de Juan de Escobedo (secretario de D. Juan de Austria) a instancias de Antonio Pérez, que parece había logrado el consentimiento de Felipe II, mediante engaño, y las relaciones (no amorosas) que Pérez mantenía con la princesa de Eboli, que apoyaba la candidatura de los Braganza al trono portugués, terminaron con el todopoderoso Antonio Pérez en prisión el 28 de julio de 1578.

En 1590 Antonio Pérez se evadió y refugió en Aragón, donde sus fueros le protegían de la jurisdicción real. Felipe II exigió que lo reclamase la Inquisición, pero debido a los alborotos populares, este intento fracasó y Antonio Pérez logró refugiarse en Francia en 1591, mientras las tropas reales ocupaban pacíficamente Zaragoza. Protegido por los franceses e ingleses, Antonio Pérez, que vivió hasta 1611, se dedicó a escribir sus *Relaciones*, pilar de la leyenda negra contra Felipe II. Pero a los traidores, como el mismo Antonio Pérez decía, les ocurre igual que a los limones, que después de estrujarlos los tiran. Ese fue su destino en parte.

EL PRINCIPE DON CARLOS

De todas las desgracias familiares de Felipe II, quizás la más dolorosa fuese la tragedia de su hijo el príncipe D. Carlos. Recordemos que era hijo de primos carnales y nieto de Juana la Loca, y desde su

nacimiento dio muestras de debilidad psíquica y física. De frágil cuerpo y desproporcionada cabeza, soportaba persistentes fiebres y tartamudeaba de forma habitual. A pesar de la incapacidad percibida pronto por sus preceptores, las Cortes castellanas le reconocieron heredero en 1560.

Después de su primera instrucción en palacio, pasó la adolescencia al lado de D. Juan de Austria en Alcalá de Henares, donde, a consecuencia de una caída durante una correría nocturna, hubo que realizarle una trepanación, de la que se recuperó, pero empeoró su carácter. En 1562 Felipe II le llevó a Madrid y le nombró presidente del Consejo de Estado, para satisfacer sus deseos de participar en la vida pública. Pero su incapacidad se evidenció enseguida, llegando incluso a golpear a algún consejero. Mientras tanto, los síntomas de su demencia se acentuaban, manifestándose en sadismo y extraños sexuales.

Disponemos de un retrato de bastante autoridad del Príncipe en esta época: «Es demasiado pálido, tiene un hombro más alto que otro, y cojea, pues tiene la pierna derecha más corta que la otra. En algunas cosas da muestra de cierto conocimiento, en otras sabe más que él un niño de siete años [tiene 17 años]; quiere saberlo todo y hace a tontas y a locas multitud de pre-

El Príncipe Don Carlos.



guntas pueriles. Hasta ahora no se han descubierto sus inclinaciones nobles; sólo se ve su propensión a los placeres de la mesa: come sin tasa ni medida, y apenas ha terminado, está dispuesto a comenzar de nuevo. Estos excesos y desórdenes son los que le ocasionan sus dolencias, y creen todos que no vivirá mucho... No conoce freno a sus caprichos, ni distingue el bien del mal, ni lo conveniente de lo dañoso... No se sabe que tenga propensión a las mujeres, y muchos creen que es inepto para la procreación... Tiene el cabello rojo y liso, la cabeza no muy grande, la frente poco alta, los ojos grises, la barba prolongada y muy pálida; no conserva ningún rasgo de los Habsburgos; tiene el pecho hundido y una joroba en la espalda a la altura del estómago.»

Felipe II dilató el posible matrimonio del Príncipe y no le nombró gobernador de los Países Bajos, como éste deseaba, por lo que lleno de animadversión contra su padre, le criticaba en público e intrigaba con los rebeldes de dichos territorios, a donde quería escaparse y proclamarse gobernador. Este loco intento, dada la tensión existente en dicha zona y el estado del Príncipe, decidieron a Felipe II, previo consejo de una junta de clérigos, a arrestarle en palacio. La noche del 18 de enero de 1568, el rey entró en la alcoba de D. Carlos y le comunicó su decisión de impedirle salir del Real Alcázar, donde quedaría recluido, bajo estricta vigilancia. Seis meses después de esta severa cautividad, D. Carlos moría (25 de julio), según se cree, víctima de los excesos en la comida.

A pesar de que Felipe II fue acusado de haberlo envenenado, se carece de pruebas al respecto, existiendo en cambio evidencias de sus excesos en comer y beber. Indudablemente, Felipe II se excedió en el rigor con que actuó contra su hijo, viéndose en esta decisión más al rey que al padre de un hijo enfermo. Felipe II explicó que le había recluido no por crimen ni por castigo, sino por la irresponsabilidad de sus actos que le invalidaban para sucederle.

LA LEYENDA NEGRA

El soberano de El Escorial ha sido uno de los monarcas más calumniados de la historia. El liderazgo político-religioso que Felipe II asumió, le hizo blanco de las críticas de los enemigos del catolicismo y de los que defendían la independencia de sus naciones frente a España. Cuando a estas críticas se añadió la deformación, Felipe II se vio envuelto en la «leyenda negra» y España pasó a ser un país odiado.

La leyenda negra antiespañola surgió en la segunda mitad del siglo XVI en la Europa Occidental y fue una leyenda antifilipina. En el nacimiento de la leyenda negra tuvieron protagonismo determinante dos súbditos del rey español: Antonio Pérez y el príncipe Guillermo de Orange. Orange, que era el líder de la revolución en los Países Bajos y que había sido proscrito y se había puesto precio a su cabeza en 1580, presentó al año siguiente un documento (*Apología*) en el que defendiendo su actuación personal y política, realizó un durísimo ataque a Felipe II, a base de afirmaciones inexactas y calumniosas, nacidas del apasionamiento.

El antiguo secretario de Estado de Felipe II, Antonio Pérez, traidor al soberano y refugiado en Francia, publicó en París en 1592 bajo el seudónimo de «Rafael Peregrino» unas *Relaciones*, en las que vierte gravísimas falsedades contra su rey.

Un amplísimo material antifilipino, donde se habla de crueldad y fanatismo del rey, se acumula tanto en las *Relaciones* como en la *Apología*. Se le acusa del exterminio de millones de indios americanos, del envenenamiento de su esposa Isabel, del asesinato de su hijo Carlos, de vivir amancebado con su hermana Juana (princesa viuda de Portugal), del fanatismo y crueldad de la Inquisición, de la persecución de los moriscos granadinos, etcétera. En realidad todos estos temas se pueden reducir a uno: el fanatismo religioso identificado con España y con su

rey, paladín de la contrarreforma y enemigo implacable del protestantismo.

Las acusaciones anteriores sirvieron de base para la publicación inmediata de numerosos panfletos franceses, ingleses y alemanes que circularon por las cortes europeas hasta mediados del siglo XVIII. En realidad, con todos estos libelos, que forman parte de la leyenda negra, se trataba de contrarrestar la influencia de España en Europa Occidental, presentándola como una potencia imperialista y como el enemigo principal de la libertad de cultos. Se le acusaba de mantener una dominación odiosa en Flandes, intervenir en la política interior francesa y oponerse a Inglaterra, bajo el disfraz de la religión.

El Romanticismo tiene gran parte de responsabilidad en el mantenimiento de la leyenda negra filipina, por las obras que sobre dicho tema se publicaron entonces. El rey Felipe II, utilizado como fuente de inspiración de novelistas y dramaturgos, se convirtió en un personaje más legendario que histórico, como se constata en este célebre verso de Víctor Hugo: «Philippe II était une chose terrible».

La rehabilitación de Felipe II se ha realizado en el siglo XX y de la única forma posible: la investigación científica, apoyada en los documentos. Actualmente resulta más fácil acercarse serena e imparcialmente a la obra de este rey nacido en Valladolid, apoyándose en una historiografía más objetiva y científica.

La historia se ha mostrado más benévola con Carlos I que con Felipe II, pues ha querido oponer a una época de brillantez representada por el emperador, otra de oscuridad encarnada en su hijo. Sin embargo, Felipe II recogió lo sembrado por su padre, y excepto retoques muy aislados, como un centralismo mayor y la elevación de la intensidad bélica, producto del momento histórico, la España de la segunda mitad del siglo XVI no cambió de orientación, sino que existió una continuidad en los objetivos a alcanzar, pero adaptados a las nuevas realidades, con un mayor grado de tensión en lo social y religioso.

FELIPE II Y VALLADOLID

EL nacimiento de Felipe II en Valladolid constituía un feliz presagio para esta villa, y más teniendo en cuenta que la andariega Corte de Carlos I, poco a poco se fue estableciendo en Valladolid de modo casi permanente: de 1527 a 1536 y de 1543 a 1559. El momento de mayor esplendor de Valladolid tuvo lugar en la década de los cincuenta, decenio en el que la villa del Pisuerga se había convertido de hecho en la capital de las Españas y Felipe II iniciaba su reinado.

Valladolid sería entonces la tercera población de Castilla (precedida solamente por Sevilla y Toledo), pues contaba en 1557-1558 con 7.500 u 8.000 vecinos. Pero la importancia de Valladolid no se debía solamente a la extensión que ocupaba o al número de habitantes que la poblaban, sino que es necesario considerar otros aspectos. Valladolid era sede de una serie de organismos que denotaban su gran categoría: residencia de la Corte, capital jurídica de Castilla al norte del río Tajo, sede de una de las tres universidades mayores de España, asiento de una casa de moneda y de un tribunal de la Inquisición, además de poseer ricos monasterios.

TRASLADO DE LA CORTE A MADRID

Sin embargo, la pujanza que disfrutaba Valladolid va a cesar alrededor de 1560,

pues la Corte abandonó Valladolid el año anterior, aunque no fijó definitivamente su residencia en Madrid hasta mayo de 1561. Según una antigua tradición popular vallisoletana, molesto el monarca por los desagradables sucesos del auto de fe celebrado en Valladolid en 1559, resolvió abandonar dicha población y trasladar la Corte a Toledo y más tarde a Madrid.

Las razones fueron, sin duda, de índole geopolítica. Madrid era el centro geográfico de España y se hallaba más próxima a Sevilla, de donde procedían en aquellos años elevadas cantidades de tesoros americanos. Además, Guadarrama y Gredos constituían en el siglo XVI un grave obstáculo para las comunicaciones del valle del Guadalquivir con Valladolid. Felipe II traslada la Corte a Madrid por ser el centro de España y para acercarse a Sevilla, de donde le llegaban los aportes económicos más importantes durante su reinado.

Las consecuencias del traslado de la Corte a Madrid, trajeron para Valladolid una etapa de decadencia, sólo aminorada por paréntesis de relativa superación. Según Sangrador, «todo comenzó a variar de aspecto en Valladolid; su crecido vecindario disminuido notablemente cada día, su comercio paralizado en gran parte y su floreciente industria próxima a desfallecer, hicieron temer con fundamento la ruina de esta importante población».

Un romance de 1606 evoca el traslado de 1560:

«Más habrá de cuarenta años
que estando rica y contenta
el gran Felipe Segundo
hizo de mi casa ausencia.»

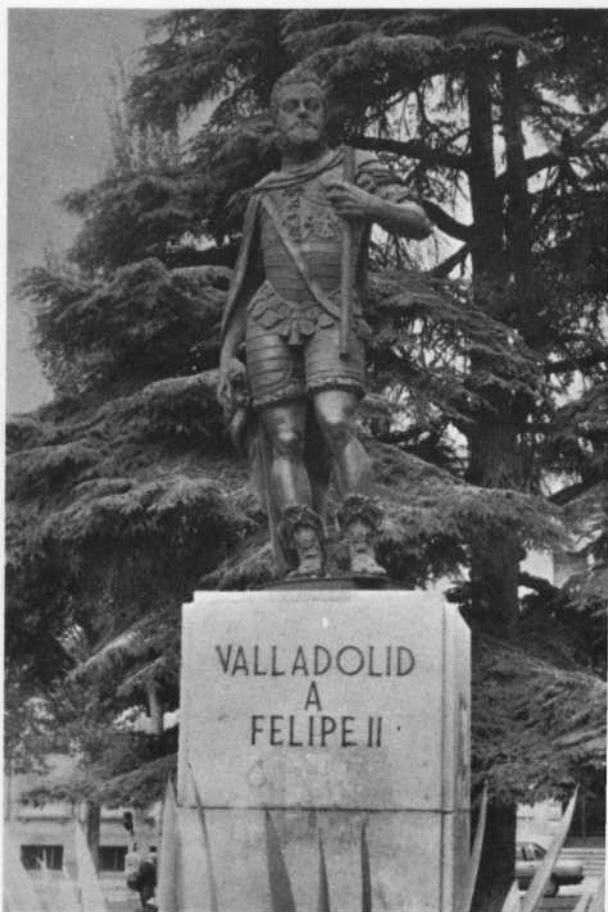
¿QUE DEBE VALLADOLID A FELIPE II?

Las relaciones que Felipe II mantuvo con su ciudad de origen ofrecen diversidad de opiniones. Mientras Narciso Alonso Cortés califica a este rey de «hijo despegado», el doctor Arribas, aunque reconoce los perjuicios que se le ocasionaron con el traslado de la Corte a Madrid, indica, que «Valladolid... recibió honores y mercedes sin cuento de su hijo».

La labor de Felipe II en pro de Valladolid creemos puede considerarse muy meritoria, no tanto por el esfuerzo que supuso para el soberano, como por los beneficios que sus acciones representaron para la ciudad: la fundación del Archivo de Simancas, la reconstrucción de Valladolid, después del incendio de 1561, la transformación de la Colegiata vallisolemana en catedral en 1595, y la concesión del título de ciudad a Valladolid al año siguiente; se debe también a la iniciativa del hijo del César el comienzo de las obras de la Catedral, cuyos planos trazó el arquitecto de El Escorial, Juan de Herrera.

Un duro golpe constituyó para Valladolid el incendio que, iniciado el 21 de septiembre de 1561 en la casa del platero Juan de Granada, de la calle Platería, destruyó en 48 horas 440 casas en las calles de Platería, Joyería, Cantarranas, Especería, Empedrada y Plaza Mayor.

Al desastre ocasionado en los gremios de la construcción con la salida de la Corte, se unían ahora las graves consecuencias que el incendio había originado en las calles afectadas. Pero el incendio fue un verdadero revulsivo para



Monumento homenaje de su ciudad natal a Felipe II.

aquellos gremios, pues la decisión de Felipe II de construir en la zona afectada un barrio nuevo, dio trabajo a centenares de personas de 1562 a 1576. El centro reconstruido resultó un éxito arquitectónico y estético, destacando la belleza de la calle Platería y de la Plaza Mayor, con las 14 calles que a ella irradiaban. Esta plaza sirvió de modelo a las edificadas en el siglo XVIII en España y ha sido cantada por los poetas:

«Una plaza deleitosa,
grande, lucida y cuadrada,
con más de quinientas rejas
y con cuatro mil ventanas.»

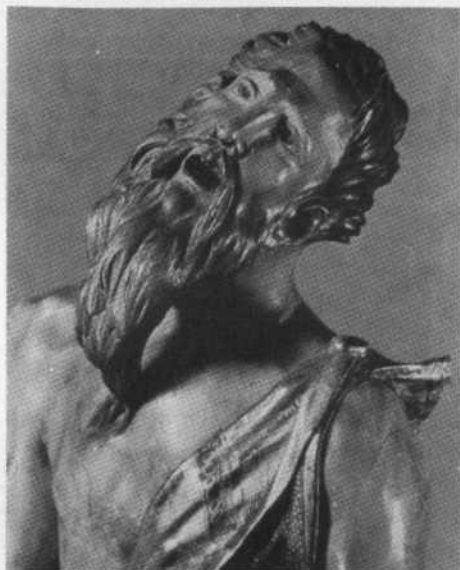
CRONOLOGIA

1527. Nace en Valladolid Felipe II.
1528. El príncipe Felipe es jurado heredero por las Cortes castellanas.
1534. Se nombra preceptor del príncipe Don Felipe a Juan Martínez de Silíceo.
1535. Se nombra a D. Juan de Zúñiga ayo del príncipe D. Felipe.
1539. Muere la emperatriz Isabel, madre de Felipe II.
1540. El príncipe Felipe visita la Universidad de Alcalá de Henares.
1541. Don Felipe recibe la primera comunión.
1542. El príncipe Felipe toma parte por primera vez en una operación militar para expulsar a los franceses del Rosellón.
1543. El Príncipe asume la Regencia del Reino y contrae matrimonio con su prima María Manuela de Portugal.
1545. Nace en Valladolid el príncipe D. Carlos y muere en dicha ciudad la madre de éste.
1546. El príncipe Felipe es investido duque de Milán.
1549-50. D. Felipe viaja por Europa con su padre.
1554. D. Felipe se casa con María Tudor.
1556. Por abdicación de su padre Carlos I, Felipe II comienza su reinado.
1557. Victoria de San Quintín sobre los franceses.
1559. Se firma la paz de Chateau-Cambrésis con Francia y muere María Tudor. Felipe II contrae matrimonio con Isabel de Valois y auto de fe en Valladolid. Valladolid deja de ser residencia de la Corte.
1568. Muerte de Isabel de Valois y del príncipe D. Carlos, y rebelión de los moriscos de las Alpujarras.
1570. Cuarto matrimonio de Felipe II con Ana de Austria.
1571. Victoria de Lepanto.
1578. Arresto de Antonio Pérez.
1580. Incorporación de Portugal y muerte de la reina Ana.
1588. Desastre de la Armada Invencible.
1598. Muerte de Felipe II.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

- Vázquez de Prada, V.: *Felipe II*. Editorial Juventud, Barcelona, 1978.
Parker, G.: *Philip II*. Londres, 1978; y *Felipe II, retrato inédito*, publicado en «Historia 16».
Lorenzo Sanz, E.: *Comercio de España con América en la época de Felipe II*. Dos tomos. Institución Cultural Simancas, Valladolid, 1979-1980.
Bratli, C.: *Philippe II, roi d'Espagne. Etude sur sa vie et son caractère*. París, 1912.
March, J. M.: *Niñez y juventud de Felipe II*. Dos tomos. Madrid, 1941-1942.
Altamira y Crevea, R.: *Ensayo sobre Felipe II, hombre de Estado. Su psicología general y su individualidad humana*. Madrid, 1959.
Fernández Alvarez, M.: *Felipe II: Semblanza del Rey Prudente*. Madrid, 1956.
Lapeyre, H.: *Las monarquías europeas del siglo XVI. Las relaciones internacionales*. Editorial Labor, núm. 31 de Nueva Clío, Barcelona, 1969.
Lynch, J.: *España bajo los Austrias*. Tomo I. Edic. Península, Barcelona, 1970.
Marañón y Posadillo, G.: *Antonio Pérez. El hombre, el drama, la época*. Dos tomos. Madrid, 1947.
Cabrera de Córdoba, L.: *Felipe II rey de España*. Cuatro tomos. Madrid, 1876-1877.

EL PROXIMO VALLISOLETANO SERA:



BERRUGUETE

por Jesús María Parrado



Una colección de
SEMBLANZAS
BIOGRAFICAS de los
personajes más célebres
y populares del ayer y hoy
de la historia de Valladolid.

EL 15 Y 30 DE CADA MES EN SU KIOSCO
O LIBRERIA

La paginación de esta BIOGRAFIA corresponde al orden que llevará posteriormente en la encuadernación en el segundo volumen de la Colección, dentro del capítulo «Personajes Históricos». Los cuatro grandes capítulos en que se agrupan los personajes son:

I. Escritores. II. Artes Plásticas y Música. III. Personajes Históricos. IV. Mundo del Espectáculo y Deporte.

BIOGRAFIAS PUBLICADAS

I VOLUMEN

1. Miguel Delibes
2. Eduardo García Benito
3. Jorge Guillén
4. Lola Herrera
5. José Zorrilla
6. Roberto Domínguez
7. San Pedro Regalado
8. Dúo Frechilla-Zuloaga
9. Miguel Iscar
10. García Lesmes
11. Real Valladolid
12. El Conde Ansúrez

II VOLUMEN

13. Mariemma
14. Capuletti
15. Leopoldo Cano
16. Rosa Chacel
17. Joaquín Díaz
18. Felipe II

13-2

 **Vallisoletanos**

Colección de
Semblanzas Biográficas



Editada por la
OBRA CULTURAL
CAJA DE AHORROS POPULAR
DE VALLADOLID

100 pesetas